

***Opinión pública y comunicación social .  
La marginalización del factor lingüístico  
como recurso expresivo de las manifestaciones  
colectivas***

*Natalio Stecconi*

**NATALIO STECCONI:** Licenciado y Profesor de Publicidad. Actualmente, cursa el Doctorado en Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad del Salvador. Es docente, investigador, ensayista y redactor publicitario. Ha publicado artículos en medios y el libro "Suelen decir que cada vez se lee menos: obras literarias fundamentales para estudiantes de comunicación social, publicidad, periodismo y relaciones públicas".

*Hablar con precisión acerca  
de la opinión pública  
es tarea parecida a la de querer enfrentarse  
con el Espíritu Santo.*

V. O. Key, 1961

El presente artículo configura un estudio semántico-estructural del cambio experimentado por la comunicación de ideas y sentimientos colectivos. Esa transformación, impulsada por los medios masivos de comunicación modernos, describe una parábola paradójica que va del silencio al silencio. El trabajo muestra ese proceso desde los días iniciales de la comunicación humana hasta hoy y, en esta última instancia, advierte el desplazamiento sufrido por el lenguaje verbal para la expresión de profundos conflictos sociales. Aplausos, apagones, tambores, bocina-zos, silencios configuran un lenguaje no ya complementario del verbal, sino que apoyado por la lógica mediática, que lo encuentra más atractivo, ha llegado a reemplazar a la palabra.

La relevancia que han cobrado algunas formas no lingüísticas de expresión colectiva se presenta como un notable índice para la revisión de los paradigmas tradicionales que constituyen el marco teórico del estudio de la opinión pública. Observando que en algunos foros se ha producido un reemplazo de la comunicación verbal por expresiones elementales de menor complejidad semántico-estructural que, a la vez, resultan especialmente funcionales a la lógica espectacular de los medios informativos, cabe preguntarse por qué proliferan manifestaciones de tinte arcaico muy similares a las que el primer hombre recurría —carente de toda otra posibilidad comunicativa— para demostrar sus sentimientos y opiniones ante los demás. Luego de que el racionalismo inherente al desarrollo del lenguaje convirtiera en sus relevos a los sonidos y las pictografías, pareciera hoy que en algunas situaciones de expresión colectiva es el lenguaje la institución marginalizada por los ruidos y, paradójicamente, por los silencios.

### **Opinión pública: del arcaísmo a la modernidad**

Resulta ostensible reconocer que la expresión relativamente unánime de los juicios, las creencias y los sentires de una comunidad respecto de temas aceptados como públicos ha evolucionado históricamente en su vehiculización. Aun así, cuando nos acercamos a la noción de opinión pública desde un enfoque contemporáneo que pondera su representatividad social, remitimos inexorablemente su significado a una entidad colectiva que canaliza sus expresiones a través de un discurso lingüístico y, más específicamente, oral. Esta concepción, si bien profana y bastante simplista, no es del todo errónea. Su origen se encuentra en la acepción clásica del término “opinión” como manifestación oral de un parecer —por lo general ni argumentado ni fundado en un completo conocimiento de causa— sobre la realidad.

Es verdad que no toda opinión es necesariamente lingüística (pensemos en un gesto de agrado o desagrado frente a una situación sobre la que se nos consulta), pero la atribución de un carácter verbal a las opiniones individuales —y por extensión a la opinión colectiva— se ha convertido en un axioma que encuentra su máxima corroboración en la metodología de sondeos encargada de relevar las opiniones de los individuos a través de su manifestación lingüística y, en la mayoría de los casos, oral.

Teniendo en cuenta que la historia de la comunicación humana es también la historia de un paulatino desarrollo y proliferación del lenguaje simbólico, la tradición analítica admite como exponentes de las primeras manifestaciones comunicativas a los sonidos percutidos en tambores tribales. Antes que las conocidas pinturas en grutas y afines, estuvo el *tam-tam*, recurso primero y fundacional que enar-



boló la relación simbólica y a distancia entre las personas. Cuando todavía no éramos capaces de congregarnos y discutir racionalmente las cuestiones de afectación grupal, los retumbos letánicos eran los exhortos incuestionables de apelación emotiva y unidad comunitaria.

Se cree que el habla articulada surgió hace aproximadamente 50.000 años; la escritura, en cambio, lleva solo 5.000 años de existencia. El nacimiento y la difusión de la palabra como recurso máximo de la comunicación humana habría de estudiarse como un índice indisociable de la capacidad racional, abstracta y cognitiva de los individuos, posibilitadora de marcos interpretativos para la realidad y transmisora de conocimientos perdurables en el tiempo. El desarrollo de la imprenta y la proliferación de los medios de comunicación fueron recursos fundamentales para la propagación del lenguaje y los usos y costumbres asociados a él.

Entre muchas consecuencias directas e indirectas, el posicionamiento del lenguaje como referente capital de la comunicación humana y social provocó una relativa marginalización de otros sistemas comunicativos que comenzarían a ser concebidos como secundarios, alternativos o de relevo en relación con la palabra oral o escrita. Los gestos, las imágenes y los sonidos (es decir, aquellas primeras formas comunicativas del hombre) se rindieron ante el lenguaje verbal, postulándose en más de una ocasión como recursos de menor estatus frente a la palabra originada en la razón. Por carácter transitivo, se supone a la palabra como el órgano discursivo por excelencia para el tratamiento crítico y la discusión fundada de los asuntos públicos.

En estrecha relación con lo anterior, suele admitirse que la idea de una opinión colectiva ya se vislumbraba en el naciente espacio público griego y sus particulares concepciones sobre las proclamas ciudadanas vertidas en el *ágora*, pero no fue sino hasta la Ilustración que aquella noción cobró un sentido moderno como poder abstracto e institucionalizado que expresaba los juicios, costumbres y voluntad general de una población o grupo ciudadano. Las proclamas ideológicas del siglo XVIII y XIX, sumadas al portentoso carácter racionalista asignado a la regulación del espacio público y al tratamiento de sus temas políticos y sociales, se constituyeron en un clímax sustentador de la palabra como el vehículo expresivo más mentado del desarrollo intelectual humano. Por supuesto, una palabra justificada, fundamentada, que llevara en sí la discusión dialéctica y crítica de los asuntos inherentes a la organización de las ciudades burguesas y los modernos estados-nación. Como corolario, esta interpretación de la dinámica de los debates públicos se extendía a la opinión pública, a quien se vislumbraba como capaz de organizarse socialmente alrededor de adecuados e ilustrados líderes políticos.

Durante los siglos XIX y XX se expandieron las democracias masivas y se per-

feccionaron los medios de información y comunicación social. El entramado de estos factores posibilitó a las mayorías y a distintos grupos ciudadanos manifestar y cotejar su opinión en torno a las cuestiones de implicancia común. Desde el voto hasta la congregación cuasi espontánea (geográfica o mediática) para la discusión de coyunturas, la lógica de la expresión colectiva se estructuró en forma compleja alrededor de variables de impacto relacionadas con los distintos agentes y dispositivos moldeadores de la opinión pública (educación, grupos de pertenencia y de referencia, estrategias persuasivas, comunicación política, grupos de poder y de presión, valores y estilos de vida, publicidad, periodismo, etcétera). Es así que las concepciones contemporáneas de la opinión pública se aprestaron a entenderla como un enmarañado y volátil *corpus* en el que conviven aspectos racionales y emotivos que, si bien alejada de los modernos ideales de la Ilustración, continuó haciendo de la palabra el vehículo por antonomasia de la expresión y el reclamo colectivo.

Entiéndase que el debate público solo puede constituirse a través del lenguaje verbal. Resulta penoso imaginar un escenario en el que la discusión sobre asuntos de interés colectivo se lleve a cabo a través de gestos, golpes o, más extremo todavía, silencios. Sin embargo, debe reconocerse que, aun cuando el debate implica la necesidad del recurso lingüístico, las opiniones y expresiones que buscan dispararlo no excluyen la utilización de estas formas alternativas tradicionalmente aceptadas como un refuerzo de las palabras. Históricamente, el hombre abandonó el silencio incommunicante y esbozó aquel primigenio y locuaz *tam-tam*. Luego, se impuso la palabra como la máxima expresión de la interacción simbólica humana. Hoy, la opinión pública parece encontrar en aquellas formas arcaicas un renovado recurso expresivo que, más que disparar el debate verbal, parecen haberlo desplazado y reemplazado por efectivas (y efectistas) operaciones comunicantes *per se* que no requieren del verbo para dar a conocer el contenido de su reclamo u opinión. En momentos en los que varios paradigmas del racionalismo humano han entrado en crisis, el mismo lenguaje es concebido como insuficiente, infructífero o perimido para la expresión colectiva de los asuntos que paradójicamente solo pueden ser resueltos a través de la razón. Así como el lenguaje reemplazó al *tam-tam* y este al silencio, hoy la opinión pública vuelve a elegir a estos últimos como recursos expresivos de primer orden en algunas de sus manifestaciones más reconocidas.

Aplausos, apagones, “cacerolazos”, “bocinazos”, descuelgue de teléfonos, marchas silenciosas: ¿el mito del eterno retorno?

### **Opinión pública: el arcaísmo posmoderno**

El contexto social, político y cultural argentino brinda grandes casos de margi-



nalización del lenguaje en ocasiones de exposición pública de opiniones, reclamos y sentimientos. Un ejemplo emblemático de esta situación comenzó a hacerse nacional e internacionalmente conocido a mediados de la década de los años setenta del siglo pasado. En abril de 1977 un grupo de aproximadamente sesenta mujeres, cuyos hijos habían desaparecido durante la dictadura militar iniciada en marzo de 1976, se congregó en la Plaza de Mayo de la ciudad de Buenos Aires para entregar una carta de reclamo (mensaje lingüístico) al gobierno del general Jorge Rafael Videla. Como en aquel momento regía el estado de sitio y, por ende, la imposibilidad de permanecer reunidas y sentadas quietamente en los bancos de la plaza, las mujeres comenzaron a caminar en silencio a su alrededor. En alusión al espacio público y físico en el cual manifestaban su reclamo, esa congregación pasaría a llamarse "Madres de Plaza de Mayo". Con el correr del tiempo, las Madres harían de esas marchas silenciosas su rasgo expresivo más destacado y, tras reconocer como fatigoso e insuficiente el reiterado reclamo verbal de sus necesidades, el silencio y los pañuelos blancos pasarían a ser los símbolos de un mensaje que ya se había instalado como públicamente reconocido y no necesitado de palabras.

EL 10 de septiembre de 1990 fue hallada muerta María Soledad Morales, una adolescente catamarqueña de 17 años. En medio de una compleja situación que implicaba a las esferas políticas y gubernamentales de la provincia del noroeste argentino, los padres de María Soledad y la monja Marta Pelloni comenzaron a denunciar el caso en los medios de comunicación para concluir luego en una forma de protesta que remitía al accionar expresivo de las Madres de Plaza de Mayo: las marchas del silencio. El caso, de notable difusión nacional, posicionó a este tipo de expresión no lingüística como un recurso simbólico que volvería a ser utilizado en más de una ocasión.

Más cercano en el tiempo, los días 19 y 20 de diciembre de 2001 se produjo una manifestación cuyo epicentro fue (nuevamente) la Plaza de Mayo. Considerado objetivamente en algunos casos, y con exagerado romanticismo en otros, una nueva forma de protesta ciudadana había nacido: el "cacerolazo". Quitando las consideraciones que pudieren esbozarse hacia esta especie de neologismo político-social, el ruido de los golpes sobre sendos utensilios de la cocina tradicional argentina fue el índice expresivo máximo, espectacular, mediático y más recordado que tuvo como notorios efectos la renuncia de un ministro de economía y, más tarde, del mismísimo presidente constitucional Fernando De la Rúa.

También durante el 2001, y extendiéndose hasta la actualidad, en repetidas ocasiones las cámaras nucleadoras de comerciantes, asociaciones de consumidores, organizaciones civiles y familias afectadas por situaciones criminales, llamaron a la sociedad a realizar, según el caso, "apagones de protesta" ante posibles aumen-

tos en las tarifas de energía eléctrica, “bocinazos contra la inseguridad”, exhortaciones a “descolgar el teléfono por diez minutos” como reprobación hacia las modalidades de cobro de las compañías telefónicas privatizadas, “aplausos callejeros”, y, por supuesto, nuevos “cacerolazos” y “marchas del silencio”. Manifestaciones todas que, si bien acompañadas del uso del verbo para reforzar o anclar su sentido en algunos casos, hacen de lo no lingüístico su corazón expresivo y colectivo. Baste con señalar que a los complejos sucesos de diciembre de 2001 y a todas las proclamas verbales asociadas a ese momento histórico se los recuerda, simplemente, con el término “cacerolazo”. Es decir, es la simbología del golpe, y no de la palabra, lo que dispara la denotación y la connotación referidas a un análisis transversal de una manifestación de la opinión pública argentina de principios del siglo XXI.

A partir de lo expresado anteriormente con respecto al desarrollo de la comunicación humana y social, e incorporando las modalidades enunciativas de los casos señalados, se puede proponer un modelo hipotético de cinco pasos que indique los grandes estadios por los que ha transitado la manifestación colectiva de la opinión pública:

1. Silencio original (inexistencia de comunicación).
2. *Tam-tam* (preludio comunicativo).
3. Lenguaje (comunicación y debate público moderno).  
–Frontera de la inversión –
4. *Tam-tam* (primer grado extático de opinión pública, reemplazo del lenguaje).
5. Silencio (segundo grado extático de opinión pública, negación del lenguaje).

Esta “novedosa” didáctica de la expresión colectiva remite asociativamente a los prolegómenos de la comunicación humana. En efecto, el uso significativo de los golpes y del silencio se puede discernir hoy por diferencia comparativa: el silencio es la *negación de*; el golpe es el *reemplazo de*. Por supuesto, negación y reemplazo del verbo. En cambio, en los preámbulos de la interacción simbólica del hombre, el silencio no era una negación, sino el indicador excluyente de una fatal carencia de recursos comunicativos. El *tam-tam*, un avance respecto al anterior, era la única posibilidad de comunicación aglutinadora y a distancia. Al no existir alternativas ni posibilidad de elección, el silencio y los golpes eran por sí mismos y no por diferencia. Hoy, al existir el lenguaje verbal, la elección del silencio y el golpe para la expresión de las opiniones y sentimientos colectivos cobran significado por distinción *ex profeso* en tanto negadores y reemplazantes del vehículo tradicional para la discusión pública de los asuntos de interés común. Es así que la



contemporaneidad del silencio y del *tam-tam* como recursos de comunicación colectiva conllevan un rudimento estratégico: se los usa con una intencionalidad determinada y no por carencia factual de recursos alternativos.

Se puede especular que en los casos señalados la elección de formas expresivas no lingüísticas ha estado condicionada por la presunción de que el lenguaje verbal no resultaba suficiente o adecuado para la transmisión pública y colectiva de las opiniones. En otras palabras, aparece un quiebre paradigmático con respecto al racionalismo y la practicidad del lenguaje como operador discursivo propicio para la exposición (y audibilidad) de las ideas. En un contexto actual en el que el magma informativo sobrepasa cualquier capacidad humana de procesamiento y asimilación crítica de los mensajes del entorno, la palabra colectiva desaparece en una multiplicidad de estímulos rutilantes y yuxtapuestos que las más de las veces son olvidados antes de haber finalizado su recepción. He aquí la esencia comunicativa del silencio actual: el vacío en medio del lleno cobra una significación por diferencia más que por sustancialidad de género.

A la vez, la lógica mediática espectacularizante y efectista de la realidad forja, a manera de profecía autocumplida, las condiciones productivas de entrada y salida de la información que resultan “valorables” para la atención y el interés del colectivo social. Por un lado, la exposición concienzuda y verbal de las ideas no posee atractivo mediático (televisivo, fundamentalmente) pues carece de los efectos especiales imprescindibles de formas que privilegian la imagen y el *shock* emotivo antes que la verbalidad de la razón. Por otra parte, la falta de articulación sintáctica de un golpe o de un silencio (traducido este en imagen de una marcha silenciosa) permiten una economía cognitiva de transmisión y de recepción que funciona de maravillas en medio de un contexto saturado de informaciones yuxtapuestas para las que toda extensión es culposa, toda comprensión es perentoria y toda recordación, efímera.

Aparecen entonces el *tam-tam* y el silencio como verdaderos grados extáticos de expresión colectiva, erigiéndose en reciclados recursos propios del arcaísmo humano que marginan al lenguaje verbal por su improcedencia percibida para el tratamiento de asuntos públicos bajo determinadas circunstancias. Como contexto explicativo, el magma informativo y urgente construye una condicionalidad de base para la transmisión de mensajes que puedan ser difundidos, recibidos e interpretados con simpleza y emotividad, sin los mayores tiempos y esfuerzos necesitados por la elucidación racional de los asuntos públicos.

Bocinas, aplausos y golpes contra una cacerola se prefiguran como *tam-tams* posmodernos que reemplazan al lenguaje verbal y generan un primer grado de éxtasis que roza lo irracional. Fuera de lugar la palabra, el sonido cobra importancia

y significado por diferencia, resaltando la inviabilidad de lo lingüístico y, por ende, la insuficiencia de la discusión racional del asunto expuesto. Algo que puede traducirse como “no nos escuchan (las autoridades)”, “ya estamos cansados de discutir” o, en algunos casos, un expreso y sin retórica “basta de palabras”, son las posibles significaciones (con énfasis en *posibles* dada la carencia de codificación consensuada) de la predominancia del ruido y el sonido que, como en los orígenes del hombre, llevan impreso un fundamental elemento generador de unanimidad y contagio de implicancia grupal. El golpe impacta en la emotividad, genera éxtasis y lo difunde en espiral. El golpe llama al golpe y se vuelve colectivo. Tómese como ejemplo el “efecto dominó” que se produce en una vía pública cuando los automovilistas comienzan a hacer sonar sus bocinas o, de nuevo en el caso emblemático argentino, cuando avanzan cual marea urbana los golpes contra las cacerolas. Además, resulta interesante reparar en las múltiples significaciones del *tam-tam* actual que, si bien en una primera aproximación reniega de la utilización de las palabras, también ocasiona significados paralelos en relación con la intencionalidad de su producción. A aquel “basta de palabras” (primera significación) debe agregársele un, por ejemplo, “fuera los políticos corruptos” (segunda significación). La ausencia de una unívoca posibilidad de decodificación del insumo sonoro utilizado genera también potenciales casos de multiplicidad de intenciones adivinadas tras la expresión unificada por el éxtasis de los golpes. Pruébese consultar en una reunión cuál era el verdadero significado de tal expresión pública ocurrida en tal ocasión. Seguramente las explicaciones e interpretaciones de un mismo *tam-tam* serán variadas, aun cuando más de uno de los integrantes de esa reunión formó parte de aquella expresión.

En cuanto al silencio, este se presenta como un segundo y profundo grado extático de la expresión colectiva. Mientras que el golpe marginador del lenguaje verbal aun transmite un material signifiante que llena el vacío, el silencio es una absoluta negación de cualquier forma expresiva y pública entendida en términos tradicionales. Teniendo una multiplicidad de vehículos viabilizadores de la idea colectiva, se elige la ausencia. El golpe, si bien no verbo, reemplazaba a este en su canalización física; el silencio elige no utilizar el canal. El silencio elige el vacío comunicante. Es por ello que al silencio se lo utiliza colectivamente como semejante y manifestante del dolor. Se hace silencio cuando no hay nada para decir, cuando todo huelga, cuando nada basta. La utilización a ultranza de una contemporaneidad del silencio nos remite a los momentos del hombre en los que había una nada comunicativa. La opinión pública que elige el silencio nos despacha a la insuficiencia endémica del lenguaje y cualquier sonido para expresar un sentimiento colectivo básico y solo audible (y atendible) a través de la diferencia por negación.



Para finalizar, debe aclararse que es evidente la necesidad humana de utilización de formas comunicativas que exceden al lenguaje verbal. La teoría de la comunicación humana y social confirma que el hombre tiene en las palabras, los gestos, los silencios, las imágenes, los objetos y el espacio un repertorio infinito de posibilidades combinatorias para la elaboración y transmisión de sus ideas y conocimientos sobre el mundo. Pero en el coto de las reflexiones aquí presentadas bajo los paradigmas tradicionales de concepción lingüística de la opinión pública y sus expresiones colectivas, nos remitimos indefectiblemente a señalar las modalidades de expresión que no aparecen como complementarias del debate público esbozado verbalmente, sino que más bien lo reemplazan a tal punto que con el correr del tiempo subsiste como estigma de aquella proclama el nombre del recurso y no las ideas a las que este marginalizó en su enunciación.